

El investigador social como otro

Conflicto, límites y reconocimientos

Felipe Martínez Quintero*

El investigador raras veces ha sido centro de su propia reflexión, bien porque no hace parte del universo de pertinencia investigativa, bien porque tiene una certeza sobre la «estructura» perceptiva del mundo en el que la escisión fundamental es una autoevidencia, bien porque la autorreflexión se centraría sobre dimensiones de la investigación relacionadas con el encuentro etnográfico que evidenciaría lo fortuito del trabajo mismo. Quizás aquellas dimensiones emocionales que tanta desconfianza producen en un sector del gremio académico: con los años y con la arrogancia ingenua de algunos héroes de la razón práctica en la investigación social, los académicos con trabajos relacionados con diferentes comunidades parecen olvidar –recordemos que olvidar es un acto selectivo– ese rápido periodo de campo cuando el desconcierto y la ansiedad por el «encuentro» mismo generaba reflexiones sobre el propio trabajo, en el sentido más

* Magíster en Educación y Desarrollo Humano de la Universidad de Manizales y el CINDE, Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad de Caldas, En la actualidad es docente del Departamento de Humanidades e Idiomas y de la Maestría en Estética y Creación de la Universidad Tecnológica de Pereira. Es integrante del grupo de investigación Arte y Cultura, adscrito al Departamento de Humanidades e Idiomas de la UTP. Correo electrónico: felipemartinez@utp.edu.co, fmartinezquintero@gmail.com

inmediato. Pasa el tiempo, y la familiaridad con un entorno y el hecho de concentrarse sobre un problema de investigación van hundiendo en el olvido aquellas memorias «vírgenes» cuando la persona, en su inmensa precariedad, sentía ser otro para una comunidad.

Alejandro Castillejo (2000: 19)

Resumen. El presente artículo presenta una reflexión a partir de un trabajo investigativo desarrollado entre los años 2007 y 2009 en un asentamiento de personas en situación de desplazamiento en la ciudad de Pereira, Colombia. En el documento se aborda una reflexión sobre algunas de las implicaciones éticas y políticas que subyacen al trabajo de investigador social en contextos marcados por la guerra y la violencia en Colombia, reflejando algunas de las dificultades y limitaciones que se dan en el marco de realización del trabajo de campo. Se abordan de manera especial la importancia de construir escenarios de confianza y reconocimiento de los sobrevivientes, la función ética y política de la investigación social en la tarea de evitar procesos de revictimización y la importancia de propiciar espacios donde se haga posible la emergencia de la voz y el testimonio de las víctimas como formas de reconocimiento político.

Palabras clave. Investigación social, sobrevivientes, testimonio, reconocimiento político.

Abstract. This paper presents a reflection from a research that took place between 2007 and 2009 in an accession community of people in situation of forced displacement in Pereira city, Colombia. The article presents an analysis about some of the ethical and political implications that are hidden under the work of the social investigator in contexts marked by the war

and the violence in Colombia; those implications are reflecting some of the difficulties and limitations that are given in the frame of accomplishment of the fieldwork. There is an special emphasis in the importance of constructing scenes of confidence and recognition of the survivors, the ethical and political function of the social investigation in the task of avoiding processes of re-victimization and the importance of offer spaces where is possible for the victims to make the world hear their voices and testimonies and to seek political recognition.

Keywords. Social, surviving Investigation, testimony, political recognition.

Introducción

¿Cómo aproximarse a los rostros y relatos de las víctimas de la guerra y la violencia política en Colombia? ¿Cómo acercarse a los testimonios que no se encuentran en los análisis especializados, ni en los discursos académicos sino en el cuerpo, en las huellas impresas en el recuerdo, en el silencio y en la frustrada necesidad del olvido?

Iniciar este documento a partir de estos interrogantes, aparentemente al margen de la reflexión académica, implica sin embargo, la apertura a una reflexión sobre nuestros propios *modos de hacer* en tanto investigadores sociales, implica detener la mirada en la emergencia de una serie de cuestionamientos sobre algunos de los aspectos éticos y políticos derivados del ejercicio investigativo en contextos de guerra, conflicto armado y desplazamiento forzado en Colombia que, en términos prácticos van mucho más allá de un buen diseño etnográfico, del uso correcto y riguroso de la información y de la solicitud de autorizaciones y consentimientos informados.

Bajo esta perspectiva, tomaremos, como punto de partida una experiencia investigativa concreta, llevada a cabo en un asentamiento habitado por personas desplazadas por la violencia en el eje cafetero colombiano, zona centro-occidental del país, así como algunos relatos o pequeños fragmentos de testimonios e intervenciones de sobrevivientes y personas desplazadas por la violencia en Colombia, producto de conversaciones informales o realizados en espacios de encuentros académicos y de organizaciones sociales.

Dado lo anterior, la reflexión oscilará constantemente entre dos dimensiones narrativas, una de ellas, más cercana a la descripción, donde se busca recuperar y contextualizar algunas de las impresiones construidas en la realización del trabajo de campo y, una segunda dimensión, donde se intenta acceder a un plano más reflexivo, tratando de poner en diálogo la experiencia concreta con algunas construcciones discursivas y conceptuales.

Del mismo modo, uno de los problemas emergentes de la reflexión tiene que ver con dimensionar el papel de la figura del investigador social en la tarea de construcción de escenarios para el reconocimiento y reparación de las víctimas del conflicto armado colombiano, esto en el entendido que si bien su trabajo no obedece, por lo menos de manera directa, a la puesta en marcha de políticas públicas, leyes y posibilidades presupuestales y estructurales para tales fines, su trabajo de indagación sí debe permitir la puesta en marcha de escenarios dialógicos y reflexivos que permitan constituirse como pensamiento crítico frente a las formas como en la actualidad colombiana se piensan y se administran política, económica y socialmente los procesos de reparación.

I. Los matices del silencio y la relación cara a cara

Los primeros acercamientos al asentamiento donde realizamos el trabajo de campo estuvieron marcados, en gran parte, por la frus-

tración y la incertidumbre, pues a pesar de que nuestro ingreso a dicho lugar había sido facilitado por un par de médicos que venían desarrollando jornadas de salud y consultas periódicamente, (lo cual, suponíamos, nos facilitaría la posibilidad de poder establecer la interacción con algunas personas del asentamiento) los primeros encuentros quedaron signados por la prevención hacia nuestra figura como investigadores y por el silencio.

Uno de nuestros primeros aprendizajes en el inicio del trabajo etnográfico, fue establecer la diferencia, entre el hecho de que las personas del asentamiento se dejaran examinar y diagnosticar, permitiendo, por decirlo de alguna manera, el acceso a su corporeidad y, por otro lado, su casi total negación para hablar sobre su pasado, sobre su lugar de origen y sobre su experiencia de la guerra y el desplazamiento forzado. Existía una gran diferencia entre dejar «examinar» su cuerpo con fines médicos y permitirnos un acercamiento para «*examinar*» sus recuerdos, lo cual también se expresaba, sintomáticamente, en su cuerpo, en la forma como esquivaban nuestras miradas o nos ocultaban sus rostros detrás de las improvisadas cortinas de sus casas de esterilla y latas de zinc.

Frente a la posibilidad de relatar sus recuerdos y sus experiencias vinculadas a la guerra y al desplazamiento forzado había una barrera mucho mayor que había sido reforzada por el tiempo, por el sinnúmero de instituciones, organizaciones por el que habían sido interrogados alrededor de estos aspectos en más de cuatro años de vivir en el asentamiento.

Tal panorama nos propuso un primer camino de reflexión, el cual nos sugería que la relación de interacción entre investigador y sobrevivientes exige la valoración de ciertas tensiones basadas, en este caso, en que el conflicto produce una serie de dinámicas de prevención y silenciamiento, cargadas también de matices y distintas finalidades, justificaciones entre las cuales podríamos ubicar inicialmente las siguientes:

En primer lugar, el silencio puede operar como mecanismo de protección, como forma de resguardarse de posibles represalias de actores armados, en este caso es producto del miedo a ser descubiertos y volver a convertirse en objetivo de persecuciones e intimidaciones.

Frente a este primer matiz del silencio don Demetrio, después de unos días de habernos visto visitar el asentamiento y de haber construido con él un cierto escenario para el diálogo, nos hacía ver de esta manera sus propias prevenciones para negarse a hablar sobre su experiencia de la guerra y el desplazamiento forzado:

Yo quiero ser muy sincero, resulta que aquí han venido con esas expectativas de hablar con la gente y nosotros a veces hemos sido negativos, nosotros no conocemos quién es, un día la guerrilla se viste de civil y habla con la gente, los paramilitares hacen lo mismo y por eso la gente a veces se abstiene a dar una secuencia de lo que ha sido, sus tierras, sus costumbres, entonces muchos se han disgustado con nosotros, pero yo sé que ustedes ya han venido muchas veces. La vida hoy está muy llena de unas normas que de pronto uno no sabe con quién está hablando y entonces uno a veces se muestra negativo.

Este breve testimonio, a pesar de su aparente sencillez, nos permite vislumbrar algunas de las justificaciones que se expresan en el silencio, al tiempo que nos permite evidenciar el complejo campo de relaciones y tensiones en el que el investigador social empieza a habitar cuando su lugar de indagación está relacionado con escenarios marcados por la violencia social y política en nuestro país.

En segundo lugar, el silencio, se expresa como manifestación de desconfianza frente a las finalidades y el sentido de la presencia del investigador, el cual inicialmente es representado como un «*otro*» que llega a un espacio social con la finalidad de establecer cierto grado de familiaridad y que por lo mismo resulta sospechoso y ambiguo; en un segundo momento tal configuración se

va haciendo un poco más clara: su objetivo es hacer preguntas sobre ciertos acontecimientos y aquí los cuestionamientos que emergen son otros: ¿de dónde viene? ¿Al servicio de quien está? ¿Cuál es la finalidad de las entrevistas? ¿Cuál es el sentido de recordar acontecimientos y de hablar de hechos y temas que por razones de supervivencia no debería hablarse? Y por último, está la constatación de que el investigador tampoco resuelve problemas ni necesidades concretas y desde aquí, el agenciamiento de su alteridad termina configurando una figura bastante incierta: un otro que dedica largas sesiones de trabajo al diálogo, a hacer preguntas alrededor de situaciones, hechos, recuerdos, problemáticas pero que en términos concretos no construye soluciones, ni llena las carencias que emergen de los temas de las conversaciones y las entrevistas que provoca.

Aquí el silencio, se expresa también como resultado de la falta de comprensión de la utilidad de horas de sesiones donde son interrogados alrededor de su experiencia traumática de desarraigo y una casi total falta de comprensión sobre el para qué de estas prácticas de retrospectiva biográfica, de vuelta al pasado, cuando las necesidades en el presente son otras y apremian a cada instante.

En última instancia, en muchas ocasiones, la resistencia a la palabra se da como manifestación de cansancio frente a la constante incursión de diversas organizaciones, ONG, partidos y movimientos políticos que, en la vertiginosa operacionalización de los recursos económicos y siguiendo más los ritmos de las instancias interventoras que de las dinámicas de los grupos sociales, indagan y remueven los recuerdos alrededor de acontecimientos traumáticos derivados de la experiencia de la violencia, tales como, desapariciones de familiares, amenazas sin tener en cuenta las posibles consecuencias de estas preguntas y sin haber generado previamente un escenario de «confianza» no sólo en el sentido formal de «conocer» y «saber del otro», sino en la necesidad de una instancia de «reconocimiento» que supere el momento mismo de

la intervención, para constituirse en un «encuentro prolongado» donde los testimonios y la elaboración de sentido frente al dolor puedan ir emergiendo en la medida en que implícita o explícitamente se han negociado sus implicaciones.

A partir del reconocimiento de lo anterior, podríamos reconocer como ejercicio de autocritica que muchas prácticas de investigación social o de intervención en torno a grupos humanos desplazados por la violencia en Colombia y asentados o reubicados en contextos urbanos caen comúnmente en dos límites bastante perjudiciales: el primero de ellos es una extraña forma de paternalismo, ligado a la resolución de problemas básicos y cotidianos y que termina convirtiendo cualquier proceso de intervención y/o investigación en asistencialismo, donde la población accede a entregar información y hablar sobre sus experiencias ligadas a la violencia y el desplazamiento forzado a cambio de comida, brigadas de salud o posibles opciones laborales y, por otro lado, podríamos encontrar un límite, algo similar a lo que Alejandro Castillejo, haciendo referencia a las investigaciones contemporáneas en Sudáfrica llama «economía de la extracción» donde la población pasa a ser simplemente el medio para llegar a determinada información y cantidad de datos.

Estos dos límites terminan provocando en ocasiones nuevas lecturas de victimización al reforzar la imagen de las víctimas sólo como grupos humanos objeto de atención estatal, intervención internacional y/o caridad humana o, por otro lado, como simples medios para llegar a información relevante alrededor de las dinámicas del conflicto y la guerra en aras de la objetividad y la veracidad del trabajo académico e investigativo. Tales límites terminan impidiendo la comprensión y el reconocimiento de las víctimas como sujetos históricos que están en capacidad de construir procesos de restablecimiento de su lugar político como víctimas del conflicto armado en Colombia y quedan de nuevo homogenizados en la marginalidad de su condición existencial.

¿Cómo proponer trabajos de campo que no se limiten a la extracción de datos y permitan una suerte de interacción, de *ética de la colaboración* donde se construya la posibilidad de un escenario intersubjetivo, producto de la relación cara a cara entre «investigador» y «sobreviviente»?

Este cuestionamiento, tiene que ver con implicaciones éticas y políticas que se enmarcan más allá de los límites de los aspectos técnicos de cualquier trabajo de campo etnográfico en una investigación social, tales como: la solicitud de consentimientos informados, autorizaciones para realizar y publicar las entrevistas, la explicación de los objetivos y finalidades del estudio y la devolución de los resultados de la investigación al grupo social que participó en ella, y se ubican más en algo similar a lo que Emmanuel Levinas refiere cuando afirma que el acceso al rostro del otro es ya en sí mismo ético, el acceso a la *rostridad* del otro y las implicaciones que se desprenden de esta relación «cara a cara», donde ya no sólo el sobreviviente es objeto de indagación, sino que el investigador se hace objeto de estudio de sí mismo en la medida en que hace parte de la interacción sobre la cual pretende estudiarse. Así nos dice Levinas:

Pienso, más bien, que el acceso al rostro es de entrada ético. Cuando usted ve una nariz, unos ojos, una frente, un mentón, y puede usted describirlos, entonces usted se vuelve hacia el otro como hacia un objeto. La mejor manera de encontrar al otro es la de ni siquiera darse cuenta del color de sus ojos. Cuando observamos el color de los ojos, no estamos en relación social con el otro. Cierto es que la relación con el rostro puede estar dominada por la percepción, pero lo que es específicamente rostro resulta ser aquello que no se reduce a ella. (Levinas, 1991:79)

De este modo, la posibilidad de una «ética de la colaboración» parte de la definición de la relación entre investigador y sobreviviente, como una relación ética, es decir, como la posibilidad

de un encuentro «cara a cara», donde el método y la objetividad del ejercicio investigativo se abran, se relativicen y permitan la emergencia del rostro del otro. El rostro simboliza la desnudez, la desprotección, la vulnerabilidad, pero al mismo tiempo es, nos dice Levinas, es lo que nos impide matar y lo que nos conduce a entablar la interacción con el otro, pues el rostro es en sí mismo significación, supera la simple percepción sensorial de sus formas y nos arroja a su contenido, nos pone en situación de apertura al otro.

La relación «cara a cara» contiene en sí misma elementos diferenciadores con las formas por medio de las que, en muchas ocasiones, se accede a la información primaria en el contexto de la investigación social, pues supone necesariamente una implicación mucho más directa del investigador en la forma de entablar su relación con los sujetos que participan dentro del proceso investigativo, manifestándose, de esta manera, en la posibilidad de franquear la distancia, las asepsias y la objetividad que se supone debe hacer parte de todo ejercicio de generación de conocimiento riguroso y que termina consolidando procesos de investigación alejados de la comprensión de factores subjetivos e incluso emocionales, que en el caso del tipo del estudio que aquí se intenta configurar son de vital importancia.

En su libro *La construcción significativa del mundo social*, Alfred Schütz dedica una parte importante a la tematización de la relación cara a cara y se encarga de mostrar detalladamente cómo este tipo de relación es mucho más compleja que la constatación sensorial o inmediata del otro que se pone frente a mí. La relación cara a cara presupone para Schütz el establecimiento de una comunidad de espacio y tiempo donde no sólo me hago consciente de la presencia del otro y la percibo con una serie de atributos que me permiten constituirlo en mi experiencia como persona, como individuo particular y único, sino también en la medida en que logro hacer consciencia de que su experiencia fluye paralelamente a la mía en una misma temporalidad, es decir cuando vivenciamos, a

pesar de que el contenido de esas vivencias sean diferentes, un mismo tiempo, cuando –en palabras de Schütz– «envejecemos juntos» (Schütz, 1993: 191).

De este modo, y volviendo ya a nuestro contexto particular de estudio, la necesidad de entablar un escenario de reconocimiento y de confianza entre el académico y el sobreviviente configura la posibilidad no sólo de acceder a los contextos específicos de los contenidos de sus vivencias, sino que sólo a partir de este «encuentro prolongado», de esta proximidad podríamos configurar la posibilidad de vivenciar al otro; es decir, poder transgredir el diálogo formal, donde capto objetivamente el significado de las palabras y las expresiones corporales del otro, para comprender el substrato subjetivo que se expresa de manera simultánea en la manifestación de su palabra; es decir, constituir con él un marco, una comunidad espacial y temporal que nos permita, así sea sólo por el momento de duración del diálogo «envejecer juntos».

Desde esta perspectiva, *ética de la colaboración* quiere decir la posibilidad de que en el marco del ejercicio investigativo la interacción entre investigador y sobreviviente se convierta en un aporte a la construcción de las dimensiones narrativas de nuestra memoria sociopolítica, que a partir de la documentación de esta micropolítica la emergencia de la voz, de las historias de vida, de las particularidades culturales de las víctimas permita una comprensión, producto del consenso y el encuentro prolongado, de su lugar social como sujetos que, a su vez, permita darle sentido al dolor, enmarcándolo en el presente histórico de la sociedad y en la construcción de escenarios de reparación.

Lo anterior nos plantea nuevos interrogantes que se suman a los cuestionamientos iniciales ¿una vez franqueado el muro del silencio, qué hace el investigador con la voz del otro, con su testimonio? ¿Qué usos y mediaciones son pertinentes en el presente histórico con relación al testimonio de las víctimas? ¿La función

del investigador social es visibilizar la voz del otro, hablar por él o hablar sobre él?

II. Voz, testimonio y reparación

Después de varios meses de frecuentar periódicamente el asentamiento, la sensación de frustración inicial se había transformado de manera sustancial, no porque después de tanto tiempo se hiciera más fácil acceder a testimonios significativos con relación a la experiencia vivida de la violencia y el desplazamiento forzado, sino más bien porque habíamos empezado a comprender que los contenidos de los diálogos y las conversaciones no siempre estarían dirigidos a nuestros intereses temáticos, sino también a lo que cada persona estuviera en capacidad de relatarnos.

Una tarde, después de un ejercicio colectivo de rememoración sobre las formas de vida en el territorio de origen, Abira, una de las mujeres más activas del asentamiento, empezó a hablar-nos sobre lo que para ella significaba ser desplazado, sobre su percepción de habitar un lugar en el cual no se sentía cómoda, sobre lo que en parte podría comprenderse cómo el habitar una especie de no lugar en la sociedad, sentada en un espacio común, dispuesto en el asentamiento como lugar de reunión y patio de ropas, sosteniendo en las manos un leño con el que cavaba un agujero en el terreno destapado, nos decía Abira:

Acá uno tiene que vivir calzado quiera o no, allá no, allá anda descalzo, siente la sensación de la tierra y el cuerpo de uno...Acá le toca mantener a uno con candado, encerrado, y nosotros hemos sido libres toda la vida y para vivir encerrados es duro... En esta ciudad me siento totalmente desnuda, uno se siente muy presionado, se siente como metido en un tubo sin salida, haga de cuenta cuando a usted lo meten en algo apretado...

Tal vez este pequeño relato no nos diga nada alrededor de la experiencia directa de la violencia, tal vez no aporte significativamente a la comprensión de las categorías teóricas que hacían parte del diseño inicial de la investigación, sin embargo, enmarca la posibilidad de aproximarse a una actitud existencial frente al presente, frente a lo que implica la imposición de habitar un espacio social en el que todavía no se construyen formas de arraigo y pertenencia, este relato más que cualquier otro nos permitía acercarnos a la comprensión de la experiencia del desplazamiento forzado y de la ruptura ocasionada por esta forma de violencia en las formas particulares de ser y habitar el mundo, en las formas cotidianas de relacionarse y construir sentido en la realidad.

En esta transformación de condiciones existenciales, de formas concretas de ser y relacionarse con la realidad, hay más que una alteración de condiciones de vida, este relato simboliza un drama inscrito en las condiciones políticas de un país, en el cual, históricamente la guerra, el vaciamiento de territorios, el desplazamiento forzoso, se han convertido en formas de relación con el otro.

El relato de Abira representa la exteriorización de algunos de los aspectos ligados al hecho existencial de ser desplazada por la violencia en Colombia y por tanto, tal relato configura una suerte de catarsis, provocada por el hecho de verbalizar, de hacer palabra parte de su experiencia, lo cual, lleva a cuestionarse alrededor de las formas por medio de las cuales, en tanto investigadores sociales, nos acercamos a los testimonios de los sobrevivientes.

Podría argumentarse, con cierta naturalidad, que una de las finalidades fundamentales de la investigación social tiene que ver con posibilitar estos espacios de catarsis, de liberación o sanación a través de la palabra, sin embargo, dada la recurrencia y la necesidad de acudir a los testimonios de las víctimas en la realización de los trabajos de campo, debería también abrirse un espacio de reflexión crítica alrededor de las diversas implicaciones que

pueden emerger de los usos y los abusos de los testimonios de los sobrevivientes del conflicto armado en nuestro país.

Desde hace algunos años en el marco de la investigación social sobre la violencia en Colombia, se viene dando un lugar privilegiado al testimonio de las víctimas, se asume, en ocasiones con cierta naturalidad, que la finalidad de la investigación social radica en devolverle la voz al silenciado, al oprimido, a la víctima y que desde este punto de vista la tarea del investigador social es hacer posible la emergencia de esta voz, de estos testimonios sobre la violencia.

Sin embargo, en algunas ocasiones, el testimonio termina convirtiéndose en una fórmula, en un recurso que, entre otras cosas, cumple la función de ser una supuesta evidencia de un trabajo etnográfico riguroso y exhaustivo. Ciertos usos de los testimonios, asociados además a procesos de recolección de información poco reflexivos terminan configurando la aparición de extensos relatos de víctimas del conflicto armado en Colombia sin ningún tipo de mediación, contextualización o relación con las condiciones existenciales concretas de los sobrevivientes y desprovistas de una reflexión producto de la interacción entre el investigador social y sobrevivientes y del reconocimiento de la víctima como actor político e histórico de un panorama social del cual, también el investigador hace parte directa o indirectamente.

El testimonio del sobreviviente no sólo es la constatación de los hechos de violencia, es la posibilidad de comprender al otro como actor histórico, es decir comprender la emergencia de su voz como parte importante en las formas de nombrar la violencia. Si embargo, tal perspectiva contrasta con el escaso lugar que se le da en nuestro país a la voz de las víctimas en escenarios institucionales como por ejemplo, los creados alrededor de la ley de justicia y paz, que se supone enmarca el primer escaño para la puesta en marcha de un proceso de transición política en Colombia y que

intenta subsanarse con la reciente aparición de la ley de víctimas que empieza a materializarse en el último periodo de gobierno en Colombia.

De esta manera, si la tarea de la investigación social con relación a la violencia política tiene algo que ver con la necesidad de permitir la emergencia de las voces de las víctimas, tal acción no puede limitarse a la aparición de grandes extensiones de relatos y testimonios en el marco de los informes finales de investigación como constatación de rigurosidad y creatividad académica. La labor del investigador social con relación a la voz y la palabra de las víctimas empieza a configurarse en el diseño y realización del trabajo de campo, en comprender tal instancia, no sólo como una serie de procesos técnicos que involucran el acceso al grupo de estudio, las técnicas de recolección de información y el plan de análisis, sino también como la creación de un espacio de interacción en el que la emergencia de los relatos y los testimonios sobre la experiencia de la violencia, se enmarquen en un proceso de acompañamiento al grupo social en el que se creen las condiciones para que en el marco de tal interacción, se construya un proceso de reconocimiento político e histórico del otro como víctima, como sobreviviente, como actor político cuya voz representa un capítulo de vital importancia en la posibilidad de comprender la sociedad en la cual vivimos, la posibilidad de construir otros registros de interpretación, que permitan hacer contrapeso a los mismos escenarios institucionales que en Colombia históricamente han privilegiado la voz del victimario y han invisibilizado sistemáticamente el testimonio de las víctimas.

Desde esta perspectiva, empieza a perfilarse otro rasgo de la responsabilidad ética del investigador social, no sólo en el cuidado en la recolección y análisis de los testimonios sino en la tarea de transformar el halo de autoridad y poder que subyace a su figura como académico en un rol formativo y de acompañamiento, materializado en lo que más arriba llamábamos «ética colaborativa»

que se aplique al fortalecimiento del reconocimiento político de las víctimas del conflicto y la violencia.

De este modo, como una de las finalidades centrales con relación a la voz de los sobrevivientes le corresponde a la investigación social aportar a la politización del papel de las víctimas del conflicto armado colombiano, no en el sentido de construir nichos ideológicos y polarizantes para sus demandas, sino con el fin de posibilitar espacios y escenarios en los cuales las víctimas puedan asumir su rol social y político en tanto sujetos históricos, es decir que su denominación y su construcción como víctimas no termine convirtiéndose en una especie de detención en el tiempo y el espacio de la marginalidad,

Tal proceso de politización, enmarcado en el contexto de una «ética colaborativa» está dirigido inicialmente a posibilitar escenarios de sentido en los que puedan emerger las diversas formas de nombrar el pasado y la violencia y de incorporar tales formas de nombrar a la configuración de la vida cotidiana de los sobrevivientes y las víctimas de la violencia, como una primera constatación de que frente al pasado de las víctimas no son posibles los relatos homogenizantes y totalizantes que buscan y pretenden las versiones oficiales del pasado. La tarea de la investigación social es precisamente mostrar que hay diversas maneras de nombrar, decir y relacionarse con el pasado y con la violencia y que como advierte Veena Das, tales diferencias no están dadas solo en el plano semántico sino que «–reflejan el punto en que el cuerpo del lenguaje resulta indiferenciable del cuerpo del mundo– el acto de nombrar constituye una expresión preformativa» (Das, 2008: 146).

Los discursos y los evangelios de la transición política, la justicia, la verdad y las reparaciones en nuestro contexto social y político parecen enfrentar un gran abismo enmarcado en la no-coincidencia entre la construcción de las legislaciones y marcos

institucionales; la realidad socio-política del país; las necesidades y demandas propias de los sujetos concretos que históricamente han padecido las condiciones de violencia, y las expectativas y esperanzas de diversos sectores de la sociedad civil en las transformaciones políticas.

En ocasiones parece como si se partiera de sentidos completamente opuestos en cada uno de estos sectores con relación a lo que debería entenderse por justicia, reparación y verdad. ¿Cuál es el papel de los académicos, los investigadores sociales, los activistas y los sobrevivientes frente a estos discursos, que privilegian un modelo de sociedad que a medida que establece formas de administración del pasado, nociones operativas de justicia y verdad, constituye también las formas de exclusión e invisibilización de todo aquello que no cabe en ese modelo? ¿Qué tipo de recuerdo necesitamos actualizar? ¿Qué formas de nombrar la violencia estamos en capacidad de agenciar?

En nuestra práctica como investigadores sociales, estamos construyendo, o por lo menos asistiendo, a la fabricación del tipo de historia y de pasado con el cual nuestras generaciones futuras van a comprender nuestro presente, se están construyendo las categorías con las cuales se van a seguir configurando rutas de indagación y conocimiento académico sobre nuestras conformaciones sociales y políticas y es de la manera como actualicemos y reconfiguremos el pasado, de nuestras formas de nombrar la violencia y de construir conocimiento sobre este proceso que depende que la voz del sobreviviente sea bien, el eco sonámbulo de lo indecible o que por lo menos llegue a ser el microrrelato, todavía opaco, que sugiera que la historia no es ese relato profiláctico y lineal, no con el objeto de configurar una «ontología de las víctimas» ni una apología a la victimización, sino como la enunciación de un registro un poco más complejo, entramado en el mundo de la vida de nuestro devenir como sociedad.

Referencias

- Castillejo, A. (2000). *Poética de lo otro, para una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH).
- Castillejo, A. (2008). *Los Archivos del dolor. Ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Das, Veena. (2008). *Sujetos del dolor, agentes de dignidad. Universidad Nacional de Colombia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- Jelin, E. (2002). *Los Trabajos de la Memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Levinas, E. (1987). *Totalidad e infinito*. Salamanca: Sígueme.
- Levinas, E. (1991). *Ética e infinito*. Madrid: Visor Distribuciones.
- Levinas, E. (1993). *El Tiempo y el Otro*. Barcelona: Paidós.
- Levinas, E. (1974). *Humanismo del otro hombre*. 1.^a ed. México: Siglo XXI.
- Schütz, A. (1993). *La construcción significativa del mundo social*. Barcelona: Paidós Ibérica.